

Enrique Serna

Campos de batalla

Eduardo Antonio Parra

En estos años iniciales del siglo XXI, el erotismo, las relaciones de pareja, el amor y la convivencia entre hombres y mujeres parecen transitar por los pasillos de un laberinto interminable cuya única salida es hacia la incertidumbre. Cuando se supone que se habían venido abajo los atavismos más escleróticos —el machismo y la sumisión femenina, el repudio a la homosexualidad, el horror ante preferencias alternas—, cuando los roles desgastados por el uso por fin cambiaban, cuando la tolerancia en todos los sentidos parecía que iba a ser el signo de los tiempos, los humanos damos la impresión de haber comenzado a sucumbir bajo el peso de la libertad, desorientados por las diversas posibilidades para elegir nuestros afectos, para ejercer nuestras pieles, como si de pronto necesitáramos que aquellos antiguos asideros ya abolidos regresaran para salvarnos. Esto al menos es lo que puede desprenderse de la lectura de un volumen de relatos como *La ternura caníbal*, de Enrique Serna, quien desde sus inicios se ha enfocado en el tema a través de diferentes géneros como la novela, el cuento y el ensayo.

Ya en los inolvidables relatos de *Amores de segunda mano*, el autor había abordado con profundidad las relaciones amorosas, mostrando una perspectiva original cuyos principales elementos eran la ironía y el humor negro, para entregar al lector una serie de historias redondas, divertidas y, sobre todo, reveladoras de la naturaleza humana. Una naturaleza humana muy alejada de lo “natural”, o por lo menos de lo común. Desde ese su primer cuentario, acostumbró a sus lectores a que las historias conyugales son mucho más interesantes, desde el punto de vista literario, si lo que se narra es el momento mismo de la fractura, el fin del paraíso lunamielero, el inicio de la decadencia amatoria. El resultado es que quien se acerca a sus relatos ríe, ríe mucho durante la lec-

tura, y al llegar al punto final un ligero malestar lo hace quedarse un tiempo pensativo, como si se reconociera de pronto en el patetismo de los personajes, como si lo embargara la sensación de haber sido ridiculizado por el autor junto con los protagonistas. Ésta es quizás una de las mayores virtudes del Enrique Serna cuentista: consigue que quien lo lee se involucre en el texto al grado de que por momentos llega a compartir con los seres imaginarios el protagonismo de la historia. Años después de *Amores de segunda mano*, el autor dio a la imprenta *El orgasmógrafo*, donde continuó su experimentación en torno al tema de la sexualidad, como el título sugiere, explorando vías alternas, como la de la ciencia ficción. Ahora, con *La ternura caníbal*, sin abandonar un realismo que deviene espejo de las actitudes contemporáneas, reafirma su interés en un aspecto humano que también ha desarrollado en novelas como *Fruta verde* y *La sangre erguida*.

La mayor parte de los relatos que integran la presente entrega ilustran una verdad espinosa: el espacio que se abre entre un integrante de la pareja y el otro es casi siempre un campo de batalla. Pugnas por el poder, enfrentamiento de vanidades, competencia por ser más admirado y admirar menos, esfuerzos por ser quien desahogue mejor su lujuria contenida. Nada nuevo, es cierto. Se trata de los mismos conflictos entre macho y hembra desde que los antiguos griegos imaginaron a Zeus y Hera como padres de los dioses. Sin embargo, ahora que en teoría el machismo y las actitudes patriarcales están por desaparecer, cuando la sexualidad femenina goza de plena libertad, estos breves milenarios adquieren nuevas tonalidades. O por lo menos deberían, porque como bien se muestra en relatos como “Entierro maya”, “Drama de honor”, “Material de lectura”, “Los reyes desnudos”

y “La incondicional”, la causa principal de las fracturas en las relaciones de pareja es el egoísmo de uno de sus miembros, o de ambos, lo que sin remedio nos lleva a cuestionar si los seres humanos hemos evolucionado en realidad, o los dizque avances en materias morales son tan sólo simulaciones, postulados que fingimos aceptar para no llevar la contraria a los profetas de lo políticamente correcto. Tal vez sí. Enrique Serna se ha caracterizado, entre otras cosas, por sus rabiosas denuncias de la simulación.

En los cinco relatos señalados, los protagonistas masculinos comparten ciertas características que los arman con la batuta del poder: un general del ejército mexicano, un médico exitoso de provincia, un político priista en retiro, un artista sonoro galardonado, y un científico reconocido. Todos ellos, en distintas situaciones, se enfrentan con la “rebeldía” de sus mujeres, que en determinado momento deciden hacer uso del libre albedrío para llevar la contra a los deseos egocéntricos de sus cónyuges. Se dan entonces la fractura y la consiguiente batalla. Un estira y afloja donde uno aparenta ceder, luego el otro, hasta que el fin de las simulaciones llega cuando casi siempre la mujer alcanza la victoria, una victoria trágica. Sí, la mujer. Como ha sido siempre, desde que Hera hacía quedar en ridículo a Zeus. A menos de que los dos salgan derrotados del lance. Lo que sí queda claro en las historias del autor es que quien está más apegado a su ego, a la vanagloria (título, por cierto, de una de las piezas más perfectas del libro), es el hombre, y por lo mismo es quien cae más fácil en el ridículo. *Ergo*, Serna simpatiza más con las mujeres. Y hace muy bien.

El resto de las historias de *La ternura caníbal*, si bien no se centra en situaciones conyugales, sí continúa su asedio a la sexualidad, pero sobre todo a la vanidad como motor de las relaciones humanas. El protagonista de “Soledad coronada” es, por ejemplo, la encarnación del orgullo: un bibliotecario mexicano que trabaja en una universidad gringa y no tiene ni un amigo, y cuando una celebridad en el mundo de la ciencia se acerca a él en busca de amistad, sus elucubraciones mentales lo llevan a pensar que el otro trae algún plan con maña para humillarlo y reacciona con desdén. “La vanagloria” es un retrato fiel de los mundillos literarios de la provincia mexicana, donde la sola mención de una de las vacas sagradas nacionales puede elevar a un autor mediocre hasta las mismas estrellas a ojos de sus paisanos. “Cine Cosmos” es quizá la única historia de amor auténtico, desinteresado, en el volumen, donde un homosexual viejo opta por el sacrificio con tal de hacer un bien al objeto de su amor platónico. En “El manco Rodríguez” Serna explora otro tipo de vanidad: la de los exiliados españoles en México, obsesionados por exhibir una hoja de servicios revolucionarios inmaculada, tratando de ocultar sus rencillas y traiciones de tiempos de la Guerra Civil.

Y en “El converso” nos topamos con una historia fantástica protagonizada por un cura de pueblo bastante cogelón enfrentado al espectro de una mujer a quien los lugareños consideran una santa.

Más allá de las tramas que Enrique Serna acostumbra a trazar con meticulosidad, más allá del humor negro y la ironía que palpitan alegremente en cada una de las líneas del volumen, en *La ternura caníbal* destaca la caracterización de los personajes. Es en ella donde se advierte con mayor claridad la madurez del narrador, el dominio del oficio. Desde las parejas en las que llegamos a conocer a profundidad tanto al hombre como a la mujer, con todas sus dudas y contradicciones internas, hasta los protagonistas solitarios enfrentados consigo mismos o con su entorno, Serna construye a sus criaturas de adentro hacia afuera hasta completarles una imagen tridimensional, densa, completa. Y para hacerlo no escatima detalles ni páginas. A esto se debe que los textos sean más extensos que el promedio al que estamos acostumbrados los lectores de relatos. Es decir, da la impresión de que, luego de una larga experiencia alternada como novelista y cuentista, Enrique Serna ha alcanzado la síntesis entre las estrategias de ambos géneros para escribir historias a medio camino entre el cuento y la novela breve, donde por lo regular asistimos al desarrollo de una sola anécdota, con pocos personajes, pero caracterizados estos con un cuidado tal que puedan permanecer durante mucho tiempo en la memoria de quien los lee.

Como ocurre con la mayoría de los narradores, en los relatos de este autor se advierten sus obsesiones literarias de un modo depurado. *La ternura caníbales*, así, una suerte de compendio sintético de los temas, tópicos y personajes que han estado presentes en su obra desde sus primeros títulos. Crítico lúcido e insobornable de la sociedad mexicana actual, de las actitudes de los hombres y mujeres que la conforman, Enrique Serna ha evolucionado libro tras libro, ampliando sus horizontes, mientras permanece fiel a sus intereses originales. Quien se acerque a esta reciente entrega encontrará al comediante experto en detectar situaciones patéticas, al escritor de tragedias apenas disimuladas por un corrosivo sentido humorístico, al ironista que gusta de señalar nuestros peores defectos como sociedad y como individuos, al narrador que siempre va tras la estructura precisa para enmarcar sus relatos, pero también al observador experimentado que sabe colocar a sus personajes siempre en una perspectiva histórica definida, al hacedor maduro que ya no se conforma tan sólo con una buena trama, al creador de artificios que gustan y al mismo tiempo incomodan, tal como lo sugiere el título del volumen: *La ternura caníbal*. **U**

Enrique Serna, *La ternura caníbal*, Páginas de Espuma/Colofón, Madrid, México, 2013, 270 pp.